



RIDAA
Repositorio Institucional
Digital de Acceso Abierto de la
Universidad Nacional de Quilmes



Universidad
Nacional
de Quilmes

González Sánchez, Jorge

Ponencia. Un pasito para atrás : información, comunicación y conocimiento



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Argentina.
Atribución - No Comercial - Sin Obra Derivada 2.5
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/>

Documento descargado de RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes de la Universidad Nacional de Quilmes

Cita recomendada:

González Sánchez, J. (2020). Ponencia. Un pasito para atrás: información, comunicación y conocimiento. *Revista Intercambios*, 5(3), p. 8-30. Disponible en RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes <http://ridaa.unq.edu.ar/handle/20.500.11807/4253>

Puede encontrar éste y otros documentos en: <https://ridaa.unq.edu.ar>

PONENCIA

Un pasito para atrás: información, comunicación y conocimiento



Jorge González Sánchez

Es investigador de tiempo completo en el Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Estudia la dimensión simbólica de la alimentación desde la teoría de los sistemas complejos. Investiga y desarrolla comunidades emergentes de conocimiento. Su libro más reciente, en co-autoría con Cecilia Krohling Peruzzo, es *Arte y oficio de la investigación científica: cuestiones epistemológicas y metodológicas*, publicado en Quito. Sus publicaciones se encuentran disponibles en Academia.Edu: <https://unam.academia.edu/JORGEAGONZALEZ/Papers>

Muchas gracias. Agradezco a esta Universidad, que siempre me recibe con tanto afecto y amabilidad. Mi idea es generar una charla, una conversación con ustedes. El tema, o los vectores, son estos tres: tecnología, educación y comunicación. No pretendo hacer una disertación *magna* pero sí plantear lo que vengo trabajando desde hace muchos años y lo que he ido desarrollando en una serie de experiencias y propuestas.

No bailo tango, pero aprendí a bailar danzón. En el danzón hay momentos que se debe dar un pasito para atrás. Yo les propongo dar un “pasito atrás” en el cruce de educación, tecnología y comunicación. En este caso, dar un pasito para atrás significa tocar algunas definiciones que normalmente se usan. Mi propuesta consiste en entender una tríada cuyas relaciones no son únicas, y me parecen muy importantes. En todo caso, son las que he elegido para hacer investigaciones empíricas de varios tipos y que definen o delimitan la densidad, el espesor, la textura, la sensibilidad de la dimensión simbólica de nuestra sociedad humana.

Cuando digo “dimensión simbólica de la sociedad humana” estoy diciendo un pleonasma. Una parte bastante difundida de la investigación etológica y neurocientífica que se acerca a otras especies –que por supuesto son sociales y por ello se comunican–, sostuvo durante mucho tiempo que nuestra especie era la única con lenguaje y que usaba herramientas. Eso es absolutamente falso. Hay muchas especies animales, muchas, que son sociales también y que parte de su ser en el mundo natural, en su hábitat, implica el uso de herramientas y, por supuesto, el uso de lenguaje. Cualquiera

que tenga un perro o un gato, un animal de alta estima, puede advertir que los animales sienten, se conectan y se comunican con nosotros y entre ellos.

Recuerdo una noche en el Tigre –ésta es una anécdota que me honra contar–, al norte de Buenos Aires, en casa de un carísimo colega que ya murió –Aníbal Ford–, en una cabañita que él tenía. Había una perra de raza samoyedo, blanca que parecía Bob Marley versión samoyedo: rastas por todas partes. Pregunté si no era de nadie, si era de la ribera, porque todo el mundo le daba de comer. Estaba fuerte, preciosa, gorda, hermosa con sus rastas. Y como había luna llena, dije “bueno, me voy a comunicar con ella”, y entonces me acerqué un poco hacia el muelle, a la orillita, y me puse a aullar. Es muy fácil aullar, ¿no? Bien, vino hacia mí y se puso a aullar conmigo. Aullamos como media hora, algo maravilloso. Si alguien no quiere pagar por un psicoanalista mucho tiempo, le recomiendo aullar con los animales [risas].

Los animales se conectan con lenguaje. Los delfines, los lobos, los perros, los gatos, tienen un lenguaje desarrolladísimo con una pequeña diferencia respecto de nosotros: tienen un lenguaje que mi colega y querido Pablo del Río llama “lenguaje presentacional”. Los animales se vinculan unos con otros, crean su sociedad, y sin lenguaje no harían vínculos, porque el lenguaje es el núcleo de la cultura de la comunicación, de la cultura de la coordinación de acciones, la cultura del tejido de redes. Los animales tienen un lenguaje de carácter presentacional: para utilizarlo, tiene que estar presente la situación para la cual lo necesitan.

Los animales tienen un lenguaje de carácter presentacional: para utilizarlo, tiene que estar presente la situación para la cual lo necesitan.

Lo he comentado varias veces y lo leí en varios textos: hay una especie de cercopitecos verdes que habitan en una gran parte de África, de los que se sabe que emiten al menos dos sonidos básicos y fundamentales para sobrevivir. Uno quiere decir “leopardo a la derecha”, y al oír eso, todos corren para la izquierda. El otro, distinto al anterior y con algunas repeticiones, quiere decir “águila arriba” o “hiena atrás”. Gracias a ese lenguaje, se coordinan entre sí, se genera el efecto de enjambre, el efecto de cardumen, el efecto de *swarm intelligence* –inteligencia colectiva–, y se salvan.

Un delfín le puede “decir” a una delfina: “¿qué pasó delfina mía?, ¿a qué hora sales por el atún?”. [Risas]. La delfina no podrá decir, como si fuera humana, “¿qué quieres decir con a qué hora voy por el atún?, ¿tú quieres copular conmigo, o qué?” [Risas] Tampoco el delfín podrá comentar “¡ay delfinita!, ¿te acuerdas aquel atún que nos comimos hace 8 años en la Baja California?” No podrán, porque el lenguaje de los animales es presentacional, a diferencia del de nuestra especie, que además de presentacional es re-presentacional, porque podemos evocar algo sin que esté presente. Entre paréntesis, de ahí viene nuestra maravillosa y enorme capacidad para sufrir [risas]. De hecho –en esto puede haber discusión–, la única especie sobre la tierra que sufre, somos los seres humanos. Por ejemplo, cuando rompemos una relación y decimos “¡se acabó, me cansé de rogarle!” [risas], nos demora años la desactivación del vínculo.

Podemos representar cosas que no han pasado, somos creadores de mundos posibles, de anticipaciones que nunca nadie verá. El problema está en que tenemos la capacidad de generar memoria, contárnosla narrativamente y abrir mundos posibles, pero nos cuesta mucho trabajo estar en el presente, en el aquí, en el ahora, y hacer cosas. "Memoria", "mundos posibles" y "estar en el presente" son tres conceptos fundamentales que mantienen una relación de interdefinibilidad.

¿Qué quiero decir con una "relación de interdefinibilidad"?: que información, comunicación y conocimiento no son uno sin el otro. La cultura de la comunicación empieza cuando decimos "¿qué puedo hacer por ti?", "¿te hace falta algo?", "¿ya comiste?", "¿te puedo ayudar en algo?", "¿se te ofrece algo?".

Recién ahí se hace un vínculo. La cultura de información, que tiene que ver con la capacidad de generar tablas de correspondencias, pequeños códigos, bases de datos que permiten diferenciar lo que no sabíamos diferenciar e integrar lo que no se podía integrar, es fundamental y definitoria en nuestra especie.

Hay una asociación llamada Partnership for Progress on the Digital Divide, cuya composición es interesante, pues reúne a profesores, investigadores, tomadores de decisiones, activistas, empresarios y funcionarios de gobierno que se juntan en los Estados Unidos cada dos años para

"Memoria", "mundos posibles" y "estar en el presente" son tres conceptos fundamentales que mantienen una relación de interdefinibilidad.

... toda tecnología de información y comunicación es simultáneamente una tecnología de conocimiento. Con ello sostengo que información, comunicación y conocimiento deben entenderse, en nuestra especie, mediante sus relaciones de interdefinibilidad.

discutir respecto de las características, los problemas y los retos de la –así llamada– "brecha digital". Como en casi todo el mundo, cuando se evoca eso de la "brecha digital", se circunscribe a las Tecnologías de Información y Comunicación (las TIC). En cambio, en mis participaciones dentro de ese entorno, he enfatizado que no debemos concentrarnos solo en el estudio de las TIC, sino que toda tecnología de información y comunica-

ción es simultáneamente una tecnología de conocimiento. Con ello sostengo que información, comunicación y conocimiento deben entenderse, en nuestra especie, mediante sus relaciones de interdefinibilidad. En términos muy simplificados, esto significa que las características observables y específicas (medibles, por ejemplo) de cualquiera de estos tres procesos se define,

concretiza, materializa y, por lo tanto, "depende" del efecto de su relación con las otras dos. No se pueden estudiar por separado.

Entonces, un tipo de cultura de comunicación mantiene una relación particular con una cultura de información y con una cultura de conocimiento y, metodológicamente hablando, es el efecto de ese tipo de relaciones de interdefinibilidad lo que dota su especificidad estu-

diable. Cuando uno asume una investigación, un trabajo de campo o una reflexión, con las llamadas TIC pero sin el componente del conocimiento, corre el bonito peligro de llegar a lo que esos compas que se

reúnen cada año llaman “brecha digital”. Ellos entienden que es algo muy malo, que no les pasa a ellos, que les pasa a Argentina, Brasil, Colombia, Ecuador, Panamá y México, porque están del lado equivocado (pobre) de esa brecha.

Para mí, “brecha digital” es un “sinecepto”, no es un concepto. “Brecha digital” es una descripción que, como toda descripción, implica una valoración, implica una toma de posición inconsciente. Es como tratar de describir a una persona, tal y como lo hace el grupo mexicano Botellita de Jerez en su rock “Favor de llenar con letra de molde”: “Ojos dos, nariz una/ boca cerrada, cabello permanente/ estatura insuficiente/peso ligero, sexo nunca.”¹ Es una crítica a todas esas fichas que uno tiene que llenar de rasgos personales; es decir que, si hay dos ojos, nariz y boca cerrada, ya sé que no es un mueble o una jarra. Pero a los dos ojos, nariz y boca cerrada puedo compararlos con cualquier clase de batracio o de mamífero. Bien, ya borrachos hasta peces, no se puede diferenciar claramente lo que está en el fondo de lo que se quiere estudiar, que es la desigualdad. Asumir la descripción de la brecha digital como si fuera un molde natural, en el fondo, es una prescripción; es una forma de describir lo que sucede, pero ocultando las desigualdades, y adoptando así una posición que, en realidad, es una prescripción. Por tanto, los pobres países que están en la brecha –del

Asumir la descripción de la brecha digital como si fuera un molde natural, en el fondo, es una prescripción...

...si una tecnología de información y comunicación no se asume al mismo tiempo como tecnología de conocimiento, se convierte en una tecnología de desconocimiento.

lado “equivocado” de la brecha–, tienen que ser “ayudados” con tecnologías de información y comunicación para que puedan crecer.

¿Y el conocimiento, dónde quedó? En este sentido afirmo que, si una tecnología de información y comunicación no se asume al mismo tiempo como tecnología de conocimiento, se convierte en una tecnología de desconocimiento.

Por conocimiento entiendo, desde una perspectiva constructivista, una forma de acción transformadora sobre el mundo. El conocimiento no es “erudición”, tampoco es saber muchas cosas, ni darle vueltas a la rueda del hámster o al disco rígido de nuestro cerebro. El conocimiento conforma nuestra capacidad para actuar en el mundo, con acciones directas que implican autotransformaciones bio-psico-sociales. Sin conocimiento, no actuamos sobre el mundo. Tampoco se puede actuar sin información y no se puede actuar sin coordinación con otros.

Por lo tanto, el hecho de separar en vez de relacionar entre sí “conocimiento”, “información” y “comunicación”, por un lado, impide conocer y teorizar sobre cómo se entretienen y transforman las relaciones de interdefinibilidad; y por otro, solo puede alcanzarse un nivel descriptivo. Montones de descripciones y descripciones y más descripciones. Teorizar no es hacer un concepto bonito, sexy o de moda; teorizar significa representarnos un objeto en el curso de acción de sus transformaciones en el tiempo. Esto es un proceso, y será a partir

¹ Sello Polydor. *Niña de mis ojos* [Álbum], 1089. En <https://www.youtube.com/watch?v=thCPHtjO2Ew>

de la triada conocimiento-información-comunicación que se genera la memoria, es decir, el registro narrado, siempre selectivo y situacional, porque la memoria nunca es total.

Si alguien vio una película de 1990 llamada *El vengador del futuro* (*Total Recall*), habrá visto que en el papel de Arnold Schwarzenegger está muy desarrollada la tecnología, porque produce sueños (a voluntad programable) tan reales que es como vivirlos. Entonces se puede elegir ser un superhéroe o cualquier fantasía. Pero en la vida real, nadie puede recordar todo al mismo tiempo, solamente una visión como la del *Aleph*. Los seres humanos comunes y corrientes, incluso Borges, cuando recordamos algo, recordamos una edición, como de televisión; hacemos una selección del momento, no hacemos memoria total.

En efecto, la relación de interdefinibilidad entre información, comunicación y conocimiento está en el fondo de la generación de las formas narrativas de recordar el pasado; se encuentra en las formas de definir el presente, cómo coordino, cómo me organizo con otros, con qué referentes actúo y cómo trasciendo, cómo multiplico y potencio mi acción porque soy capaz de conocer, y eso quiere decir: soy capaz de diferenciar lo que antes no diferenciaba, y soy capaz de integrar lo que antes no integraba. Eso siempre se hace en colectivo.

Que la inteligencia siempre ha sido colectiva, es una obviedad. ¿Por qué?, porque toda inteligencia depende de los objetos culturales, de los artefactos culturales que somos capaces de manejar; depende también de las relaciones sociales que mantenemos con otros y del tipo de problemas que queremos resolver. De

igual manera, los animales desarrollan y ponen en práctica su lenguaje para coordinarse, para salvar su vida, para sobrevivir, para cazar, para comer, para lo que sea.

Las tres dimensiones están en el centro de la dimensión simbólica de nuestra especie. Pero entre la triada (comunicación, información y conocimiento) hay algo no mencionado: la tecnología y la educación.

La tecnología no es solo usar cosas sofisticadas. El lenguaje humano es representacional porque se puede

volver sobre lo que se dijo, evocar un mundo en el que nunca se ha estado, se puede decir "cómo te extraño". ¡Uf!, si hay algo que pega en la memoria es la música. Ayer veía en la televisión una película argentina cuyo nombre no recuerdo. Una pareja de rocanroleros se separa porque él se va a Cuba, ella se casa y viene todo un rock and roll, es un rock and roll de los 60, una película muy bien hecha, me gustó mucho verla de madrugada. En fin, uno puede evocar cosas, te pasan los heavy metals de la realidad virtual, o sea los clavados en la realidad virtual. Ellos suelen decir que hay dos tipos de realidades: la realidad virtual y la otra [risas]. Pero ponte a soñar: en un sueño, en una ensoñación, las sustancias que liberas adentro de ti son profundas,

...la relación de interdefinibilidad entre información, comunicación y conocimiento está en el fondo de la generación de las formas narrativas de recordar el pasado; se encuentra en las formas de definir el presente, (...) porque soy capaz de conocer, y eso quiere decir: soy capaz de diferenciar lo que antes no diferenciaba, y soy capaz de integrar lo que antes no integraba.

tan reales como otras, puedes sentir que te mueres, sentir la angustia del vacío o del deseo. ¡Madre mía! ¡Sientes todo! Bien, eso es la realidad virtual, además de otros tipos de realidades.

Entonces, en esta perspectiva de usar el lenguaje y usar herramientas, la especie humana es la única –hasta ahora– que genera y utiliza meta-instrumentos, que crea instrumentos para crear otros instrumentos. Eso viene desde los cromañones, que eligen una piedra más dura que la otra para hacer una punta de flecha, para matar una presa y comerla entre varios, matarla entre varios y comerla entre muchos. La piedra más dura es valiosísima, la flecha se puede perder, pero no la meta-herramienta. Hasta ahorita, no hay documentación de que los animales puedan hacer herramientas para hacer herramientas. Los cuervos de Nueva Caledonia comen gusanos que viven dentro de las cortezas de árboles y para sacarlos, como el pico no les alcanza, usan una ramita que pica y pa' dentro, sacan al gusano y listo. Pero ellos no “clasifican” su instrumento, lo abandonan una vez satisfechos y se van a otra parte, cuando necesiten comer otra vez, se las arreglarán para encontrar otro palito y resolverán su problema de alcance. Son muy inteligentes, pero no usan meta-herramientas.

La especie humana es la única capaz de generar meta-lenguajes: lenguajes que hablan de lo que hablábamos. Por ejemplo: ¿qué quiere decir alguien con la expresión “qué interesante que sos”? Hay muchos lenguajes, nada más con los orales y los gestuales tene-

...la especie humana es la única –hasta ahora– que genera y utiliza meta-instrumentos, que crea instrumentos para crear otros instrumentos.

La especie humana es la única capaz de generar meta-lenguajes: lenguajes que hablan de lo que hablábamos.

mos florido repertorio para hacernos los intelectuales, para hacernos las víctimas y para cumplir cualquier cantidad de roles. Para despertar el instinto materno alguien dice “pobrecito, te dejó tu mujer”, y el otro comenta “sí, bueno, pero no me he divorciado” [risas]. Hay toda una historia que hemos abrevado del cine, de la literatura y de todos esos metalenguajes maravillosos que nos hacen la vida bastante intensa en cuanto a sentimientos, estética y capacidad de sentir. Cierro esta parte diciendo que la ciencia es un metalenguaje y que la religión es otro metalenguaje.

Cultivar la información, la comunicación y el conocimiento

Dentro de lo que yo trabajo hace años bajo el nombre polémico de *cibercultur@*,² he intentado dar un “pasito para atrás” para definir esa dimensión elementalmente humana que es la “información”. No me sirve hacerlo desde la conocida teoría matemática de la información. El logaritmo de base 10, usado para estudiarse como todo lo que genera orden donde no había orden, es interesante (nega-entropía). Esas son las nociones comunes para

2 González, J. A. (2019). *Entre cultura(s) y cibercultur@(s). Incursiones y otros derroteros no lineales*, 3ª. Ed. Corregida y aumentada. México: CEIICH-UNAM. Versión digital en https://www.researchgate.net/publication/283720653_Entre_culturas_y_ciberculturas_Incursiones_y_otros_derroteros_no_lineales_1a_Edicion_electronica_2015

entender la información que, desde luego, son útiles y se han usado desde el modelo de Shannon y Weaver³ (1948) hasta la fecha, con un ámbito de aplicación muy amplio en las llamadas Ciencias de la Complejidad, la Neurociencia, la Ingeniería Genética y otras más.

El pasito para atrás que mencionaba al inicio se activa cuando, sin descalificar o desautorizar esas formas de definir y operar con la información, se la comprende como una propiedad que se puede cultivar y desarrollar. Cuando se desarrolla una *cultura de información*, se es capaz de hacerse cargo conscientemente de cómo relacionar un evento, un hecho, un objeto, una persona o un espacio con un signo, cuando se es capaz de crear códigos. En otras palabras, el hecho de generar información implica necesariamente la habilidad de establecer relaciones simbólicas.

Entonces, dar ese pasito atrás en las relaciones de la tríada que venimos mencionando sirve para hacerse cargo de ver esa relación entre cosas y signos; y a través de una de ellas, tener muchas más y ser capaces de crear *tablas de correspondencias*, de relacionar, más adelante, dos o más de dichas tablas para crear *bases de datos*. Si aprendemos a relacionar diversas bases de datos entre sí, estamos armando *sistemas de información*, algunos más simples, otros más complejos o complejísimo pero que en realidad se pueden descomponer por el desarrollo de la capacidad de establecer conscientemente estas relaciones, que en su mínima expresión ligan algo con un signo, con otra cosa capaz de evocar y estar en lugar de otra. Nuestro

referido cuervo de la Nueva Caledonia no ha desarrollado su capacidad de actuar sobre los gusanos inalcanzables usando signos: no tiene clasificadas las distintas varitas para cada tipo de profundidad, ni tampoco las puede enseñar evocando el evento que pasó, aunque es verdad que es capaz de hacer anticipaciones eficaces en función de ensayo/error/ajuste. Cuando un mecánico que desarma un motor le pide a su ayudante que le alcance la llave de “un cuarto” que está en la caja, y el otro le da la herramienta precisa, es porque se orientó mediante la información.

La información no es capaz de aflojar esa tuerca, pero sin la información, no hay capacidad de diferenciar lo que se necesita de todo el contenido de la caja de llaves y destornilladores. Al relacionar objetos y signos, por ende, podemos resolver algunos problemas concretos.

La cultura de comunicación

Como especie humana, tenemos la posibilidad de poner en juego tres tipos de códigos: reacciones bioquímicas (sublinguales), códigos linguales y códigos hiperlinguales.

Los humanos nunca perdemos los dos primeros. Sentimos las señales bioquímicas como cualquier animal, podemos coordinarnos también con palabras, signos, gestos, como cualquier mamífero frente a eventos presentes. Pero parece que, al menos por ahora, solo los humanos podemos coordinar nuestras acciones con códigos que van más allá de los signos lingüísticos. El código lingual es el que usan los cercopitecos,

³ El modelo de Shannon y Weaver representa a los dos actores del acto de comunicación: el emisor y el receptor. El mensaje va del emisor al receptor a través de un canal de comunicación.

ya mencionados, para coordinarse y sobrevivir a un depredador. Los humanos no solo hablamos, sino que hacemos códigos hiperlinguales, entramados de textos, discursos complejos que usamos para coordinarnos con otros mediante metalenguajes muy complejos. Estos, no surgen solo sobre lo que está pasando enfrente, en el momento, sino que nos habilitan para hablar de lo que hablamos o hicimos en el pasado (memoria) y hablaremos y haremos en el futuro (mundos posibles).

De esta manera, nuestra especie tiene más grados de libertad para su coordinación, que es el resultado del pasito para atrás cuando evoco la cultura de comunicación. La capacidad de coordinar acciones se puede hacer a través de diferentes códigos. Yo entiendo la comunicación como coordinación de acciones que, al activarse y cultivarse, generan diversas formas de organización social. Por ello pienso que no se puede separar la comunicación de la organización social, de la génesis y el desarrollo de la organización, que es una forma del ejercicio del poder. No de quién puede sobre otros, sino del poder de organizarse para actuar. De repente, un solo cercopiteco o un jurel aislado es presa inmediata de cualquier depredador, de un tiburón, por ejemplo; pero cuando se juntan dos mil de ellos y hacen una esfera en movimiento continuo, lo que el depredador ve es una cosa enorme, mucho más grande que él y probablemente desista de su ataque; entonces, coordinarse, hacer organización, es decir, comunicarse, salva la vida.

La coordinación de acciones que los códigos mencionados hacen posible, es la forma de inicio y operación

del poder. La organización (la comunicación) tiene que ver con el poder (y la desorganización con el no poder). En alemán, por cierto, "poder" es "Macht", es hacer, es un verbo, una acción. Y desde luego, la capacidad para coordinarse con otros se puede cultivar, se puede "domesticar" para empoderarnos. La cultura de comunicación comienza, ya lo decía más atrás, cuando

preguntamos a otro "¿qué puedo hacer por ti?", ¿en qué puedo ayudarte? La cultura de comunicación va mucho más allá de "compartir información". O quizás deba decir, va más "atrás", por eso del pasito.

Ya vimos que, por efecto de esos tres tipos de códigos, los humanos

podemos coordinar nuestras acciones a partir de la información, podemos anticipar, recordar, fantasear y coordinarnos para trabajar, salvarnos y cambiar el mundo.

Por una cultura de conocimiento

Conviene quizás apelar a otra anécdota para iniciar esta parte. Una famosa cantante mexicana (Alicia Villareal) tiene una canción (un *cover* de la pieza cantada años atrás por Julio Iglesias) cuyo estribillo dice así (y se repite *ad nauseam*): "tropecé de nuevo y con la misma piedra". Bien, en términos de lo que venimos planteando, el conocimiento es lo que hace que no tropecemos de nuevo con la misma piedra, por lo menos con una parecida, pero no con la misma.

El conocimiento nos habilita a la acción, y repito que

no es cuestión de erudición, de citar a Shakespeare en el inglés del siglo XVII, por poner un ejemplo; el conocimiento es más bien una cuestión de inteligencia. La inteligencia es nuestra capacidad para resolver problemas concretos usando el intelecto, usando y respondiendo preguntas de esas que pueden llevar a diseñar algo que no estaba, a diseñar una prefiguración. Hay comunidades que viven como pueden y que viven la densidad de un horizonte utópico, aunque sepan que no lo alcanzarán, pero orientan sus acciones hacia él. La utopía, en efecto, no es un lugar imposible, sino un horizonte que mueve a la acción prefigurativa. Conocer nos habilita para poder actuar inteligentemente.

Ahora bien, a las concepciones sobre las TIC se les cercenó la "C" de Conocimiento, por eso no se pudo ir más allá de los pseudo-conceptos. Para mí, todas las sociedades del mundo que han existido, que existen y que puedan existir en el futuro, son sociedades tanto de información como de conocimiento. No es algo nuevo, ni de moda, ni un rasgo de la posmodernidad.

El fenómeno de ignorar o aislar al conocimiento de la información y la comunicación, conduce a un abanico de acciones mutilantes que van desde la formación y la enseñanza hasta la capacidad de resolver problemas complejos, para los cuales no tenemos solución previa y solamente pagamos (algunos más que otros) sus consecuencias.

Información, comunicación y conocimiento mantienen una relación de interdefinibilidad, de tal manera que dependen del enjambre de relaciones y su evolución en el tiempo. Si se modifica la estructura de relaciones, se modifican las propiedades descriptibles de cierto fenómeno. Así, la capacidad humana de cultivar

la capacidad de relacionar y coordinar acciones con la capacidad de establecer diferencias e integraciones donde antes no se podíamos hacer, solo se puede comprender a partir de las relaciones de interdefinibilidad que menciono. Por ahora, no puedo meterme mucho más en ellas.

Educación y desconocimiento

El otro vector que nos falta es el de la educación. Resulta que educar no es solo inculcar conocimientos, porque el conocimiento no se "inyecta" –no se deposita, diría Paulo Freire–, el conocimiento se construye en la acción. Cuando a partir de tu experiencia, en tus condiciones, rompes esquemas de acción anteriores y al reconstruirlos eres capaz de resolver un círculo vicioso, ahí está la científicidad: poder resolver un bucle de retroalimentación negativo ("tropecé de nuevo y con la misma piedra") y para superarlo nos volvemos capaces de diferenciar e integrar esas diferencias en nuestras acciones.

Solamente con conocimiento se puede lograrla la acción de resolver algo, solo cuando puedes diferenciar. Cuando ando con geólogos por el desierto donde trabajo y veo un muro (una piedra rara con rayas), con mis limitados esquemas no veo más que una piedra rara con rayas; pero un geólogo ve cualquier cantidad de cosas que yo no veo, porque para mí es lo mismo una raya que otra. Si no tienes mucho sentido musical –soy músico–, podrá parecerte lo mismo Chopin que Mozart, pues si no significan nada en tu vida, es porque no haces nada con ellos. Pero si eres mecánico, saber diferenciar tipos de martillos, hace a "tu" martillo

personal, algo muy significativo. El significado de algo (a pesar de todas las versiones pansemiotistas) depende de lo que podemos hacer con ello.

Entonces, conocer nos habilita, nos potencia la coordinación (la comunicación) y nos potencia la información, a su vez la información nos potencia la acción de conocimiento y la coordinación; se heterodefinen mutuamente, se interdefinen, para ser más precisos.

¿Por qué razón hacemos las separaciones?, no lo sé, pero sí sé que no es científicamente productivo. La educación, entonces, no consiste meramente en inculcar verticalmente conocimientos “verdaderos y únicos”, como si fuera una inyección hipodérmica, o como el *dictum* de “la letra con sangre entra”, con las varitas (las disciplinas) pegando en las manos hasta que se “aprende” cuánto es 8 por 8, o como el perro de Pavlov.

De hecho, no hay “saber” en abstracto, separado de la acción sobre los objetos del “saber”. Si no tenemos capacidad para hacer algo con ello, ¿para qué nos sirve? Hay otras opciones, una de ellas –que me parece luminosa, aunque no muy estudiada en términos científicos– surge en América Latina. Es la que ideó, puso en acción y operó Paulo Freire planteando que la educación es dialógica (y liberadora) o no es educación, y no es comunicacional. De ahí que –con mis colegas ya no discuto mucho porque ni caso me hacen–, los medios de comunicación, ni son medios ni son de comunicación, son otro “sincepto”, porque no median nada y porque no comunican nada;

...conocer nos habilita, nos potencia la coordinación (la comunicación) y nos potencia la información, a su vez la información nos potencia la acción de conocimiento y la coordinación; se heterodefinen mutuamente, se interdefinen, para ser más precisos.

no construyen un trabajo dialógico horizontal, se trata siempre del poder de unos muy poquitos que dicen lo que quieren como quieren a muchísima gente. Al Internet nos lo quieren hacer pasar también como un “medio de comunicación”, ¡madre mía!, seguimos tropezando con la misma piedra.

Creo que, en parte, la teoría de la comunicación, o las teorías de la comunicación, se han estancado mucho por dos razones: una, porque hay una especie de vocación por la descripción casi estrábica; y otra, por la im-

portación o la generación de formulaciones o conceptualizaciones altamente sexys, atractivísimas que nos pueden seducir, “¡ah, pero qué re bonito que suena!”.

En México, la primera carrera de Comunicación se formó en 1960. La pregunta es, por qué en casi 60 años no hay una teoría robusta sobre esos procesos, ¿por qué es una disciplina que no acumula?: porque

se ha dedicado muy poco a teorizar el proceso de comunicación. Hay muchas descripciones y poca representación de la dinámica de los procesos de transformación de nuestro objeto. Una teoría, en cualquier disciplina científica, es una representación de los cursos de acción donde se van transformando estructuras de relaciones, que en un momento dado definen la particularidad de un objeto.

Entonces, cuando se habla de tomar una posición dialógica ante la educación, de inmediato se cuestiona al educador. Freire llamaba a la educación vertical, metafóricamente, “educación bancaria”: llega el profesor,

deposita el conocimiento y a los meses el conocimiento se retira con un examen que dice lo que se dijo que hay que decir, sin importar las palabras ni el pensamiento del alumno. Pero lo que sirve es escuchar y desarrollar la capacidad de escucha, porque lo que hay enfrente es la capacidad de resiliencia –otro concepto sexy–, no de re-silencia –callar dos veces–, sino de recomponerse, no de establecer un círculo vicioso, sino de hacer un bucle de retroalimentación positiva, un helicoide capaz de transformar a los que están en la acción, transformar la percepción, transformar los vínculos de información, transformar las relaciones con los otros, transformar la cultura de la comunicación; o sea, la capacidad de hacer otra forma de organización.

Es lo que Mafalda maravillosamente alega en pos de modificar la cultura de comunicación cuando su madre le dice “soy tu madre” y ella le responde “soy tu hija y nos graduamos el mismo día” [risas]. Si buscas más allá, no hay sostén, salvo la autoridad, o mejor el dominio, porque pego más fuerte, porque sí y ya. Durísimo, tal como sucede con un tipo de violencia de género, que parece ser consustancial a nuestras sociedades patriarcales: “¿por qué violas?”, “porque puedo”. Punto.

La cantidad de femicidios en México, en Brasil y también aquí en Argentina es enorme. “Es que hablas mucho”, “es que no hiciste la sopa bien”, por el pretexto que sea, esa es la cultura de comunicación que tenemos y la violencia que se justifica. Antes, en México, se leía entre los matrimonios –y todavía se lee en algunas

partes– la infausta epístola de Melchor Ocampo,⁴ un prócer mexicano de mediados del siglo XIX que escribió una carta para ser leída frente a los que se querían casar y que decía más o menos así: la mujer, cuyos dotes naturales son la dulzura, la ternura, la atención..., debe a su marido obediencia como la de un bla, bla; y el hombre, cuyos dotes naturales son la fuerza, el arrojo y la valentía, debe a su mujer el trato de un ser sumiso... ¡Y ambos lo firmaban! La carta tenía que

leerse, y no por orden de la iglesia, sino por orden del Estado. Hasta que hubo una revolución de mujeres, no de hombres, para sacar esa ideología de la conserva, de la lata del patriarcalismo social. Hay una foto muy famosa de un fotógrafo mexicano donde una mujer de los años 40 lleva una falda pegadita y a media pierna, como un traje sastre, y tacones. Ella va caminando en medio de una calle, pasando angus-

tiada entre puros hombres, todos elegantes dedicándole miradas lascivas y expresiones aludidas a sus formas y a sus propios deseos. Como estaba muy guapa, todo varón que se precie de ello tiene la obligación (frente a los otros machos) de piroppearla con intensidad. En realidad, es un acoso congelado en una fotografía. Interesante, ¿no? Por el hecho de ser mujer, “mereces” recibir cualquier tipo de “caricias” no deseadas ni queridas. Además, les dicen cualquier cantidad de guarradas, porque si no, los otros machos (y las

*Una teoría, en cualquier
disciplina científica, es una
representación de los cursos de
acción donde se van
transformando estructuras de
relaciones, que en un momento
dado definen la particularidad
de un objeto.*

⁴ “El matrimonio según la epístola de Melchor Ocampo”. MxCity, Guía inside. En <https://mxcity.mx/2017/03/matrimonio-segun-la-epistola-melchor-ocampo/>.

hembras disponibles) van a pensar que el hombre es maricón y eso es muy malo, eh.

Todas esas conductas de educación son tecnologías. No creamos que tecnología es solo la camarita, el micrófono, el relojito plano que llevo en la muñeca, el dispositivo rectangular que también sirve para hablar por teléfono y para tantas otras cosas. Las tecnologías son inseparables de la educación. Nuestra especie no sería humana si no fuera por la tecnología. La tecnología no es solo el *hardware*, sino también el *brainware*, dispositivos cognitivos y sociales que pasan por “normales” cuando no lo son.

Nuestra especie no sería humana si no fuera por la capacidad de comunicación. Y nuestra especie no sería humana si no tuviera la capacidad de recomponer su acción sobre el mundo a través del conocimiento, y no me refiero solo a “estudiar”, aunque por supuesto eso amplía nuestro espacio conceptual, nada más leer, conversar con otros, oír otro tipo de música.

No sé aquí, pero en muchas universidades de México, los estudiantes de Comunicación nunca van al cine porque se la pasan haciendo “trabajos de cine” en su casa [risas], no van al teatro porque están haciendo “trabajos de teatro”. La vida pública cada vez es menos pública, cada vez es más privada. Entonces, el espacio que queda suelto, abandonado, lo toman las redes de narcotraficantes, las redes de prostitución, las redes de tráfico de órganos, y “¡ay, qué fea está la ciudad, no quiero salir...!”. O quizás lo “solucionas” metiéndote en una urbanización con bardas de cinco metros, porteros y vigilantes armados, y ahí sí: “qué linda ciudad, qué bonita”. Yo creo que eso impacta profundamente en el modo de vida cotidiano.

Termino con esta experiencia de investigación que me sucedió en el semidesierto de Paraíba, en la panza de Brasil que da para África. Una señora analfabeta, organizadora y líder de un sindicato de agricultores familiares, me contó un poco de su historia, su familia, su vida. Una historia durísima, con un marido alcohólico y golpeador. Ella, muy, muy, muy pobre, con sus hijos, de repente, por la propia necesidad, empezó a organizarse con otras mujeres de su localidad para hacer agricultura familiar y para hacer política. Tenía un huerto y empezó (por no tener servicios médicos cercanos) a recuperar conocimiento curativo a través de plantas que crecen en el lugar. Tenía su invernadero, además era música y tenía una guitarrita con la que hacía canciones, le gustaba hacer canciones. Nos cantó una, pero la guitarra estaba desafinadísima y ella no sabía afinarla. Le dije “¿me la permite?”, “sí, cómo no”. La afiné y me hizo sentir como si fuera el regalo más hermoso que he hecho. En la conversación que tuvimos me decía que está permanentemente organizada para que los demás estén bien, que es para lo que ella lucha: “si los demás están bien, yo estoy mejor”.

Nos vendieron la idea de que la sociedad es una mierda, que es naturalmente violenta, que es abusiva, que el hombre y la mujer son malos por naturaleza. No estoy hablando acá de “salvar al mundo”, nada que ver. Me refiero a que cuando se rompe el orden social por alguna catástrofe, por alguna cosa espantosa como una guerra o un terremoto que destruye casas, hogares y vidas en un minuto, se cae lo que se pensaba que había. Se rompe el orden social y sí, sale la rapiña, pero también sale la capacidad de solidaridad y las preguntas que crean cultura de comunicación: “¿qué

te hace falta?”, “¿en qué te puedo ayudar?”.

La lección que esa señora –doña María– me daba, diciendo “yo estoy bien ahora y eso es bueno, pero si los demás están bien, yo estoy mejor”, me dejó seco, porque estamos hablando de gente que no acumula ni quiere hacerlo. Gente que se organiza para el buen vivir.

Me comentaron, por ejemplo, que un día llegó a la sede de la organización un técnico del Ministerio de Agricultura de Brasil, y al ver la forma en que esos agricultores cultivaban una planta, quiso convencerlos de que, aunque su sistema de sembrar y cultivar producía bien, podrían tener el doble de ganancia si colocaban las plantas más cercanas entre sí usando la misma cantidad de agua. Para sorpresa del técnico del Estado, ellos respondieron: “nosotros sabemos eso que nos sugiere para duplicar la cosecha, pero también sabemos que, para lograrlo, hay que trabajar el doble. Nosotros queremos estar bien, no hacernos ricos”.

Esos valores no son románticos ni atrasados, son los que fundaron la sociedad. La sociedad no es “vamos a matarnos todos a ver quién sobrevive”, más bien genera estrategias de sobrevivencia. Ha sido una estrategia muy inteligente naturalizar la maldad, la violencia, el abuso, sostener que somos todos malos y que unos podemos ser peores (“patea al de adelante porque atrás te van pateando”, “ojo por ojo y diente por diente”).

Si además, a esa forma de vivir y entender la sociedad, le agregamos las TIC, generalmente esa estrategia produce un orden social de aislamiento, de desinformación, de desorganización y desconocimiento. Si no utilizamos las TIC como tecnologías de conocimiento, la fuerza del vector tecnológico las convierte en tecnologías de desconocimiento, tecnologías de desorganización, de desinformación –repito–, de aislamiento.

Cantaba hace mucho tiempo Roberto Carlos “yo quiero tener un millón de amigos y así más fuerte poder cantar”. ¿Cuántos amigos de verdad tenemos? Con la mano en el corazón, probablemente tres o cuatro. Acumular miles y miles de *likes*, no necesariamente nos conecta con la sociedad y las personas para la vida. Lo que digo no debe ser tomado como una forma de tecnofobia. Yo creo que es mejor construirnos a nuestro modo

una relación de comunicación, una relación para unirnos en el conocimiento y hacer cambios en el mundo, para después decidir qué dispositivos y plataformas vamos a usar y si los queremos usar.

Es que te es muy importante tener celular. “Sí” ¿Y para qué? “Bueno, puedo mandar mensajitos, puedo saber cómo está todo, puedo monitorear desde aquí mi restorán, mi niño durmiendo...”. Pero ¿estamos preparados para el vínculo humano, el vínculo social, el vínculo que establece el acercamiento, el que genera la cultura de comunicación, el “qué puedo hacer por ti para ayudarte”?

Hay un luminoso texto de un autor alemán emigrado a

*Si no utilizamos las TIC como
tecnologías de conocimiento,
la fuerza del vector
tecnológico las convierte en
tecnologías de
desconocimiento, tecnologías
de desorganización, de
desinformación –repito–, de
aislamiento.*

México, que ya murió –Carlos Lenkersdorf–, que inventó el concepto de “nosotrificación”. Llega a México en los años 60, ya formado como lingüista, y se va a vivir al Estado de Chiapas, muy al sur del país. Un domingo está en la plaza de Tuxtla Gutiérrez, la capital del Estado, y oye a un grupo de indígenas que conversan entre sí. Él solo alcanza a distinguir fonéticamente algo que se repite mucho: “tick, tick”. Se acerca al grupo y les dice “oigan, miren, yo soy lingüista y me gustaría aprender a hablar su idioma”. El idioma es *tojolabal*, una lengua mayense.

Se le quedan viendo –son todos bajitos– y le dicen “te decimos el domingo próximo”. Al domingo siguiente, Lenkersdorf regresa a la plaza de la ciudad y el grupo le dice “sí, te vamos a enseñar nuestro idioma, ¿sabes por qué?, porque en 500 años nunca nadie nos ha preguntado nada de nuestro idioma”. Como muchas lenguas indígenas, el tojolabal no tiene diccionario ni gramática publicada; y le dijeron que los blancos siempre se burlaban de ellos: “ustedes ni lenguaje tienen, tienen un dialecto de mierda, nosotros tenemos a Cervantes”.

Al aceptar la petición del lingüista, le dijeron: “nosotros te enseñamos tojolabal, pero tú enséñanos español”. Entonces empiezan a hacer clases en reciprocidad, hasta que los tojolabales le dicen “oye, sabemos que los blancos en las escuelas hacen exámenes, haznos un examen”. “¡Cómo no!” Carlos llega con su examen, los sienta a todos, les reparte las hojitas y “bueno, ahí está el examen, por favor no vayan a copiar”. De repente, se levantan todos, se van a una esquina y se pasan media hora hablando entre ellos. “Oigan, –les decía tímidamente Lenkersdorf– se trata de un examen” [risas]. Regresan, escriben y Carlos re-

coge los exámenes. Para su sorpresa, eran todos idénticos y perfectos, ni un error. Uno de ellos le dice “mira Carlos, dos ojos pueden ver bien, pero treinta pares de ojos ven mucho mejor, lo que no sabe él, lo puede saber ella, lo que se te olvida a ti, él lo completa, y entre todos hacemos un examen perfecto”.

Lo que Carlos descubre como lingüista, es que el tojolabal es una lengua sin objeto, en ella todo sucede entre sujetos. Tiene una matriz intersubjetiva, todo en ella tiene “alma”. Se puede hablar con el agua, aullar con los perros [risas] y con la tierra, aparte de con la gente, por supuesto. La frase “Jorge abrazó a Mónica” no se puede entender. En Tojolabal se dice “Jorge abrazó a Mónica y Mónica recibió su abrazo”. No se puede decir “Jorge tiene catarro”, se dice “Jorge tenemos catarro”, porque la enfermedad toca a todos. A nivel justicia penal es igual: si “Jorge robó una vaca”, va preso y le obligan a pagar 5.000 pesos, toda la comunidad del que se robó la vaca consigue 5.000 pesos, paga la multa y lo liberan. Pero en lugar de darle una pena corporal, como la justicia de mierda que tenemos, forman a Jorge en medio de la comunidad, con su papá, su mamá, sus hijos, sus hermanos, toda su familia, con él en el medio, y le dicen “lo que hiciste nos ofende a todos”. En tojolabal, no se dice “Jorge se robó una vaca”, se dice “Jorge, nos robamos una vaca”. Es algo ininteligible para las culturas que tenemos basadas en relaciones de sujeto a objeto.

Esto fue un salto alucinante en la cabeza de aquel alemán, y de cualquiera. En un momento cumbre del inicio de las negociaciones entre los zapatistas y el gobierno mexicano, estaba toda la prensa mundial –la RAI, NHK, los alemanes, la BBC, todo el mundo–, esperando la declaración del Subcomandante Marcos. Pero

para sorpresa de todos, Marcos no apareció. Llegó la comandanta Trini, una señora de 65 años con un mandil de casa, se paró frente a quién sabe cuántas cámaras que transmitían en vivo al mundo, se puso a hablar durante 15 minutos en tojolabal, terminó, y preguntó en español: “¿entendieron?” [Risas] “No”. “Así nos pasa con ustedes”. Y se fue.

Cuando el gobierno mexicano les ofreció a los zapatistas poner hospitales, escuelas y universidades pequeñas en las cercanías, ellos dijeron “vamos a ver”, e hicieron una consulta que duró como un mes, porque votan los niños, los abuelos, los viejitos, todos. Cuando regresaron, respondieron al gobierno que “no”. “No aceptamos, porque si es para nosotros, está muy bien, pero todos los demás no tienen, y no queremos tener si los demás no tienen”. Una respuesta ininteligible para un gobierno neoliberal. Pero sucede que no se esperaba esa respuesta que, como vemos, coincide puntualmente con lo que mencioné antes de Doña María, en Brasil: “si los demás están bien, yo estoy mejor.”

Si nuestra educación pudiera hacer que eso pasara, tendríamos una formación basada en valores y acciones humanas virtuosas, no en “competencias” o “excelencia” para “la competitividad”, para sentirnos elevados por encima de los ignorantes: “¿no me entendieron porque cité en francés?, élévense, y cuando se eleven, me avisan”. Esto constituye una verdad, una cultura de desorganización, una cultura de imposición

de poder sobre los otros y una cultura de ignorancia indiferenciante.

Información, comunicación y conocimiento son tres dimensiones interdefinibles, no se puede tocar una sin tocar la otra. Si se cercenan, políticamente, se hace un desastre, que es lo que está pasando cada vez más con las tecnologías de aislamiento, de desconexión de la vida y experiencia de los ojos, de desubicación, de desorientación, de desorganización, aunque tengamos el Google.

Cierro y sintetizo. Información, comunicación y conocimiento son tres dimensiones interdefinibles, no se puede tocar una sin tocar la otra. Si se cercenan, políticamente, se hace un desastre, que es lo que está pasando cada vez más con las tecnologías de aislamiento, de desconexión de la vida y experiencia de los ojos, de desubicación, de desorientación, de desorganización, aunque tengamos el Google. Si se seccionan las dimensiones de la información, la comunicación y el conocimiento, estamos condenados a repetir lo más repetible. A ver, ¿qué les parece? Gracias.



Maestría en Comunicación Digital Audiovisual
<https://tinyurl.com/y2t3mekm>

Especialización en Comunicación Digital Audiovisual
<https://tinyurl.com/yyxn5y3f>

Maestría en Ciencias Sociales y Humanidades
<https://tinyurl.com/y8zm659s>

PREGUNTAS DEL AUDITORIO

Participante 1: Primero gracias. Hablaste sobre un montón de cosas, pero en gran parte de tu charla giraron dos en mi cabeza. En nuestro país hubo una política que se llamó “Conectar Igualdad”, y que consistía en entregar una computadora a cada alumno de la escuela pública. La sola idea me parecía algo maravilloso. Las computadoras salieron desde un Ministerio, tratando de llegar a todas las provincias del país. Había presupuesto, y sin embargo la política chocó con el sentido común de una parte de la sociedad que decía “¿cómo es eso que mis impuestos van a ir para que un chico tenga una computadora y juegue con ella en vez de estudiar”. En aquel momento, yo trabajaba en la Capital, me tomaba un colectivo desde acá, de Quilmes, y veía a esos chicos saliendo de clase jugando, sí, con la compu. Tengo amigos colegas que me decían “los chicos juegan, o la venden, o hacen lo que sea con esa computadora”. Eso me dio vueltas en la cabeza mientras hablabas de que algunos docentes abrazaban la idea de una compu por niño y otros la rechazaban.

La otra tiene que ver con una experiencia que tuve esta semana. Yo laburo ahora en política local, fuimos a una escuela fuera de la formalidad del sistema educativo; en realidad, es un polo educativo que está dentro de un centro cultural. Allí, en Quilmes Oeste, vi a un grupo de mujeres que está terminando la primaria. Son mujeres que presentaron un libro fabricado por ellas mismas. Yo fui al acto de presentación y las escuché leyendo parte de sus textos de corrido. El libro fue inspirado en el de Felipe Pigna –“Mujeres insolentes”–, lo vi como un éxito, y no salió siquiera en un medio local, no lo levantó nadie.

Jorge González Sánchez: Gracias por compartirlas

dos cosas. El programa *One Laptop per Children*, creado por Nicolás Negroponte, el de “Being Digital”, fue muy exitoso. El problema es que si no anida en una forma de organización, en una cultura de comunicación diferente, se vuelve cualquier cosa distinta a lo que fue planeado. Donde yo trabajo, en Charcas, las repartieron, pero vino el apagón digital en México, cuando gobernaba el presidente Enrique Peña Nieto, y el televisor dejó de servir. “No te preocupes, el gobierno te va a regalar una televisión inteligente”. Estando en Guadalcázar, el pueblito que reaccionó contra el tóxico, llegó el día en el que repartían televisores digitales sin antena, la señal llegaba perfecta, era interesantísimo ver la cola en la repartición. Pero, ¿saben qué?, tardaban más en recibir el aparato que en irse y venderlo. No todo el mundo hacía eso, por supuesto. Lo que pienso es que cuando se trata de una dádiva, sin ninguna condición de tejido organizacional colectivo previo, sin una red social capaz de definir y ajustar colectivamente el “para qué” de cualquier tecnología, el pronóstico es que el regalito se convertirá en una tecnología de descoordinación, de desinformación, de desconocimiento y por ello de desactivación de la acción común.

Entonces, el pasito para atrás en términos de tecnología, lo aprendemos de la gente más que de las teorías. Primero nos organizamos y luego decidimos qué tecnología utilizar, y si vamos a aceptarla o no, porque de lo contrario se transforma en un juguete que aísla. La tecnología tiende cada vez más a la miniaturización: mientras más pequeña, más funciones. Hay muchas formas de intervenir la tecnología. Hay un juego que se llama Trivial Pursuit –aunque en México lo llaman Maratón–, que va contra la ignorancia por-

que se van sacando preguntas. Yo vivía en Comala, un pueblito de Colima, desde donde iba cada fin de semana a Guadalajara a dar clases en el ITSO (una Universidad privada). Me quedaba a dormir de viernes a sábado, y el sábado me regresaba a Comala, que está a hora y media o dos. En la casa donde me alojaba, cada quince días se juntaba la familia de la esposa de mi amigo a jugar Maratón, una noche me tocó estar ahí y jugar. Fueron llegando los maridos, las parejas, hermanos y cuñados, seríamos unas diez personas. Cuando nos disponíamos a sentarnos, noto movimientos rarísimos en los esposos: se ubicaban a la izquierda de las mujeres, y nunca dos hombres juntos. "Qué parejitos, qué interesante, qué abiertos".

Las preguntas eran de un nivel de irrelevancia tremenda, especialmente para una mujer que es práctica. "¿En qué entrada conectó Joe DiMaggio su jonrón 342?" Ni la más supina idea. La pregunta la puede capitalizar el varón de al lado, que significa ganar más. Como yo era "el doctor", dijeron "por favor doctor, lee las preguntas". Cuando era para una mujer, yo leía la pregunta en clave para que supiera inmediatamente qué era. Pongo un ejemplo: "¿de qué color era el caballo blanco de Napoleón?", "blanco", "¡perfecto!", decía mi voz "autorizada". A la tercera, los tipos se molestaron y comenzaron a protestar por la trampa que les impedía acumular puntos. ¡Loquísimo! Por supuesto, seguí jugando así, porque hay que imponer la autoridad académica [risas]. Era chistosísimo, pero al mismo tiempo era desagradable constatar la voracidad de los hombres por "ganar".

En mi casa, solía jugar Maratón con la familia, pero lo hacíamos contra la lógica del juego (ganar individualmente a como dé lugar) y nos divertimos porque jun-

tos íbamos colectivamente contra la "ignorancia". El efecto del juego es de un placer compartido y una diversión cómplice muy grande. Por lo general, nunca cuestionamos lo no dicho del jueguito, asumimos las reglas escritas y ya. Las "tontas" eran, en aquel caso, las mujeres. La verdadera competencia se daba entre los esposos de ellas, que siempre resultaban ser las ignorantes. Era una situación tensa, era un *bullying* marital, una tecnología diseñada dentro de una cultura de comunicación vertical y autoritaria que privilegia el hecho de destacarse sobre los otros. "Naaa, ésta con toda seguridad no sabe en qué equipo jugaba Johnny Unitas ni cuándo hizo su *touch down* número 500". Y como la mujer no lo sabe pero el varón sí, el punto que ella falla se acumula a él. Es casi seguro que esos maridos estudian en solitario las respuestas antes del juego [risas]. Entonces, cuando nos damos cuenta de cuál es la regla de fondo del juego, se puede jugar contra la lógica individualista y resulta ser colectivamente muy bueno. En casa, todas y todos nos divertimos, aprendemos y tejemos relaciones de complicidad e ingenio colectivo.

Por eso digo que hay muchas formas de intervenir la tecnología. Yo creo que tenemos experiencias de uso colectivo de dispositivos individuales que son fascinantes ¡y lo que puede surgir...! Otra vez, lo más importante es la cultura de organización, la cultura de comunicación, pero no es nada más la tecnología, sino la relación social que le antecede o que se puede generar contra o a favor de su uso prescrito.

Participante 2: En la tríada información, comunicación, conocimiento me parece que la narración tiene un rol importantísimo. Estoy pensando en un ensayo súper clásico –*El narrador*, de Walter Benjamín–, que

ponía la narración a la información, porque la información se agota. Si yo digo “el ministro de seguridad de Alberto va a ser Rossi”, en cuanto lo dije, se agotó. En cambio la narración la puedo repetir, y al revés, se va cargando de sentidos, no se gasta nunca y, además, cómo se te dio, cómo lo pensaste, si lo aprendiste de algún lado –esa es la primera pregunta–. Y la segunda es: si las tecnologías o lo que llamamos narrativas de clase media pueden de alguna manera reiterar o reinventar algo de este sentido de la narración que sí tienen todas las comunidades, y que tiene que ver con esto.

Jorge González Sánchez: Creo que esa es una de las cosas que nos hace más humanos: la narración, que es fascinante cuando se hace en colectivo. Los ejercicios con niños pequeños o con adultos se pueden hacer también musicalmente. Hay una compañía de teatro muy famosa en Cataluña con juglares y comediantes que hizo el montaje de las ceremonias de apertura y cierre en los Juegos Olímpicos sin una sola máquina de motor, todo fue movido por humanos.

Algo interesante de la narración es que es un indicador científico para ver si una comunidad se está empoderando. Una comunidad de conocimiento emergente (lo que emerge es la comunidad y con ella, emerge el conocimiento a partir de la información de lo que necesita para resolver en conjunto un problema que afecta a todas y todos) empieza a empoderarse cuando es capaz de re-contar, de re-narrar y quitarse de encima la narración que la encuadró como ignorante, pobre y jodida, cuando empieza a re-narrar su historia, cuando empieza a re-narrar su presente y generar escenarios de posibilidad. No falta quien se burla del Chavo del 8 o de Condorito. De repente me preguntan

“doctor, ¿cuál es su formación?”, yo me formé leyendo *Chanoc*, leyendo cómics, jugando fútbol en la calle. En 1992 tuve una discusión fuerte con Camilo José Cela –premio Nobel– en un programa español de debates en el que estaban también Pedro Almodóvar, Antonio Gala y alguien más que ahorita no recuerdo. Yo era el “latinoamericanito” invitado porque había coordinado un trabajo colectivo de varios años sobre la relación de la sociedad mexicana con las telenovelas. Con toda su autoridad, Cela se quejaba de lo que se estaba pagando en España y en el mundo por tener una generación de idiotas que escucha rocanrol –esa estupidez de música– y lee cómics. Encendido, pensé, “a este yo le pego, ¿qué dice?” [Risas].

Creo que la narración tiene el maravilloso poder de anclar la memoria, formatearla y ser o no incluyente. Hay narraciones que se van entrejugando, y cuando uno se narra con otros, genera placer. Es lo que sucede cuando se encuentran dos amigos que no se han visto desde hace mucho tiempo: empiezan a compartir sus cuentos, y al contarlos, al narrarlos, aparece un dispositivo fundamental de relación social. ¿Cómo?, la verdad no sé, yo no tengo idea. Crecí oyendo corridos, canto corridos, canto blues, canto rock and roll, me pagué mi carrera cantando y haciendo piano..., pero nunca estudié. Charly García dice que cuando era niño no era muy listo, pero tocaba el piano como un animal; más o menos es lo mismo. La música es absolutamente narrativa; mi padre murió de alzhéimer después de diez años de reconocer que tenía esa enfermedad, y casi hasta el último suspiro de su vida nos la pasamos cantando, porque la música le tejía continuidades a su percepción alterada fisiológicamente y le dejaba su capacidad presentacional, sin pasado y sin futuro. La

narración es una capacidad elementalmente humana. Esa enfermedad deshumaniza poco a poco al cancelar la continuidad entre momentos y espacios inconexos.

Mientras viví en la ciudad de México, 29 años seguidos, recibí mañanitas a cuatro voces, una forma también de encontrarnos. Mi familia, como todas las familias, es neurótica hasta el moño, pero cuando cantamos nos encontramos. Igual nunca he reflexionado mucho sobre esto, pero es cierto que el canto es incluyente, da una forma de degustar el tiempo, el tiempo que se puede ir muy rápido. Creo que a veces hago abuso de las anécdotas, pero es que no puedo de otra manera, perdón.

Decías lo de las tecnologías. Pongo un ejemplo con comunidades de indígenas forestales, que tienen y cuidan sus bosques: jovencitos de escuela secundaria con sus profesores. Nos llamaron, fuimos y trabajamos con ellos en los centros comunitarios digitales con las computadoras unipersonales en grupos de cinco o de cuatro, con profesores, estudiantes, hombres y mujeres. Empezamos, cada uno, a recordar, por ejemplo, la relación con el agua, de dónde viene el agua, qué objetos están ligados a su uso y almacenamiento, etc. Esa dinámica generó unas narraciones que se podían escribir usando el Word, pero el resultado de lo que se escribía era una discusión colectiva que se iba poco a poco objetivando. La idea era evitar las situaciones, por ellos bien conocidas, en el espacio escolar: “soy el maestro, a ver dime, ¿qué es H₂O?”, “Agua maestro”. Por el contrario, la conversación podía iniciarse con recuerdos: “mi abuelita tenía un jarrito que usaba”. Y de ahí se pasaba al pozo, al río, a la preparación de la comida, a la diversión de nadar en el estanque, al riego, a las plantas medicinales... Bueno, en la tarde ya

estaban ahí los jarritos, estaba la ollita, estaba la cuerda, una cuerda vieja que era la del pozo y múltiples objetos que gatillaban la memoria sobre los usos del agua en esa comunidad. No hay gran conocimiento ahí, lo que hay es el establecimiento de una relación de convivialidad no amenazante ni degradante que es muy agradable.

Los estudiantes se hartan de la escuela autoritaria; además, la escuela se especializa en expulsar a los más listos, que son los más inquietos, los que se aburren de las rutinas y como único recurso molestan a otros. A su modo, luchan, resisten, disgregan, desobedecen, porque no hay poder que se ejerza sin resistencias, aunque ellos no lo planteen explícitamente así.

Entonces, creo que cuando las tecnologías se apropian colectivamente, se genera una cultura convivial de comunicación. La cultura de hacer juntos algo, define el tipo de tecnología y se define incluso contra los usos programados de la tecnología.

Imagino que en Argentina debe pasar igual. En muchas partes existe un contrabando de los códigos de Netflix, Roku, etc., y las empresas vigilan para detectar abonados que los usan y comparten. Uno piensa, “qué les cuesta”. Múltiples formas de resistencia y apropiación del acceso –limitado por el poder adquisitivo– están detrás de la cultura *hacker* especializada en saltarse los códigos restringidos. Si esto se ejerce solamente para generar poder y ganancias individuales, estamos metidos en la misma lógica dominante. Aunque a veces, se ejerce para disfrute colectivo y de construcción de vínculos que nos habilitan para emprender otras cosas.

Recuerdo que en Guadalajara, hace muchos años, a fines de los años 80, había unas antenitas de 40 pesos en lugar de las antenotas satelitales carísimas que nada más los ricos tenían. Las antenitas empezaron a ser vendidas en el mercado popular de San Juan. Una vez instaladas, el vendedor indicaba forrarlas con una bolsa negra de plástico—como la de los cultivos del maíz germinado—, y dentro de la casa, por abajo del decodificador, le ponían un imán y ¡plum! Se abría el acceso —antes exclusivo y excluyente— a los canales de HBO, Cinemax, Movie Channel, etcétera [risas], a solo cuarenta pesos, dos dólares americanos, ¡nada! ¡Cuánto habrá gastado la fábrica japonesa Sony en ingeniería de vanguardia para hacer la codificación restringida! [Risas]. Por eso aprecio tanto la cultura de América Latina, la de México es fascinante, y la de Argentina debe ser más o menos igual.

Aquí recuerdo y homenajeo a mi queridísimo Aníbal Ford. Una vez nos reunimos en un congreso internacional en Porto Alegre, él era el comentarista de Herbert Schiller, el teórico marxista estadounidense de la comunicación que, frente al poder de las organizaciones privadas y mundiales de la comunicación, sostenía contundentemente: “no hay salida”, “ya perdimos”, “no podemos hacer nada”, “ríndanse”, “nada que hacer contra el Estado, el poder y su tecnología”. Pero Aníbal le respondió y cuestionó magistralmente. Es una lástima que a Schiller esa respuesta nunca pareció importarle, aunque fuera muy “marxista”. Ni le interesó, ni entendía el español (Aníbal no hablaba inglés). A esa visión de “todo está perdido”, Aníbal respondió con un texto que publicó posteriormente en *Navegaciones*,⁵

donde nos cuenta en 8 o 10 pasos qué hacer cuando te ataca un tiburón en medio de altamar. Primero, mire de frente al animal y trate de golpearle la nariz [risas], luego haga ruidos fuertes con las manos [risas]. Bueno, el último paso era el mejor de todos: si ninguno de los anteriores funciona, agarre al tiburón por la aleta dorsal y viaje con él hasta que se canse y se aleje [risas]. Nos decía Aníbal en Porto Alegre: eso es lo que establece un manual del ejército más entrenado del mundo cuando no se tiene ni la más remota idea de qué hacer para salvar la vida frente al ataque de un tiburón, tal vez algunas parecen oníricas e imposibles, pero a lo mejor funcionan.

El reto está en que desarrollemos —esto no lo decía Aníbal, pero lo podría haber dicho— una cultura de comunicación con un horizonte (pesimismo de la inteligencia y optimismo de la voluntad, decía Gramsci) que no se encierre a esperar el fin decantado de la visión schilleriana. Yo creo que la construcción narrativa colectiva guiada por el principio de esperanza es fundamental en términos de horizontes de posibilidad de organización para construir lo posible. Creo que nuestra cultura es fascinante. Aunque a veces resulte difícil conectarnos entre nosotros porque vivimos bajo muchos estereotipos.

Casi cada año, durante un tiempo, estuve yendo a hacer seminarios de investigación a Texas en Austin, que tiene la biblioteca más grande del mundo sobre América Latina, es la Nettie Lee-Benson Collection. Si quieres saber algo de México, está ahí; si quieres saber algo de Argentina, está; ¿de Guatemala?, lo tienes; los códigos mayas originales que sobrevivieron a las hogueras, ahí están, ellos los decodificaron. Existen allí unos nodos de acumulación descomunal de informa-

⁵ Ford, A. (1994). “Decidir en situaciones de incertidumbre”. En *Navegaciones. Comunicación, cultura y crisis* (pp. 195-204). Buenos Aires: Ed. Amorrortu.

ción.

Sin embargo, a pesar de nuestras múltiples diferencias, en los países de América Latina tenemos mucha “proximidad cultural” –como bien lo ha estudiado Joe Straubhaar– creada por las industrias culturales, especialmente las audiovisuales. Por ejemplo: por mi propia historia familiar, heredé un repertorio bastante amplio de música mexicana, boleros, rancheras, corridos, rock and roll y blues, más que casi cualquiera de mis colegas académicos de la universidad. Pero cualquier taxista de Bogotá sabe mucho más de música mexicana que yo, porque esa música dejó de ser solamente “mexicana” y hoy encontramos grupos de mariachis en la avenida Séptima en Bogotá.

La música mariachi tiene bases mexicanas, sí, es mexicana, pero conecta en muchas partes tal vez porque es estridente, rítmica y exultante, y también es narrativa. La música nos acompaña en todas partes, fluye en el tiempo. Hay tecnologías de aislamiento, por ejemplo, no es solo oír música, es hacer aunque sea un “tic”, es conectar con otros. Acabo de estar en una zona muy deprimida del valle de México, en un proyecto de orquestas infantiles como las de Venezuela. Me invitaron porque una vez di una conferencia sobre música y creatividad –dos horas de colectivo para poder llegar a 5 kilómetros–, y decía ahí que la música es un tipo de tecnología que construye vínculos sociales. Les decía a los muchachitos: “ustedes, haciendo lo que hacen, que requiere disciplina, que se juntan tres horas todos los días de lunes a viernes a estudiar con instrumentos prestados por la Casa de la Cultura, están tocando cosas simples, pero están tocando y leyendo música, se están volviendo parte de una solución”. Lo mismo se hizo en una orquesta sinfónica de Heliópolis que pue-

den escuchar en YouTube. No estoy diciendo que se han salvado por la música, pero sí digo que es una forma de utilizar la tecnología a favor, a nuestra forma, para ayudarnos a tejer “vínculo social”, destejido de tantas formas.

Participante 3: Pensando en el lenguaje como una forma social, no sé si has podido seguir el movimiento de les pibes con el lenguaje inclusivo, en Argentina.

Jorge González Sánchez: No, cuéntame.

Participante 3: Es bastante interesante. Las y los más chicos –les más chiques– impulsaron un cambio en las formas del lenguaje que, obviamente, no tiene reconocimiento institucional de hecho. Que la Real Academia haya dicho que está muy mal, me parece que indica que está muy bien, por cómo algunas formas de organización social ponen el cuerpo en la calle, hacen militancia sobre el aborto, sobre el lenguaje como tecnología y como forma de reconocimiento de uno y de “les otros”, formas que tal vez a nosotros nos cuesta un poco incorporar, pero que tienen que ver con la información, la comunicación, la organización social y la construcción de subjetividades. Uno a veces se fascina con los aparatitos, pero no pasa por ahí el tema, me parece que es la subversión en términos de llevar el diálogo al extremo en los propios códigos, en los propios universos vocabulares, como diría Freire.

Jorge González Sánchez: Yo ahí lo veo clarito y coincido contigo: el lenguaje es una tecnología social poderosísima porque objetiva, porque puede descalificar, porque puede estimular, porque además no es solo el lenguaje hablado, sino la actitud. Yo creo que por eso es fundamental dar ese pasito atrás que dije al

principio. Está todo bien con la tecnología, siempre y cuando decidamos nosotros, y eso implica conversar, implica perder tiempo –como *El Principito* con su flor–, perder tiempo en escuchar. Eso es algo que las teorías de las ciencias de la complejidad y las neurociencias lo tienen clarísimo, es que el proceso de resiliencia –que también viene con el Psicoanálisis–, cuando soy capaz de modificar elementos y relaciones de mi estructura, genera un helicoide. El escuchar transforma, transforma en serio. Escuchamos con los ojos, los oídos y la percepción íntegra, y de repente se empieza a ver que se puede ser de muchas formas y conversar con las, les, lis o los porque son formas fundamentales de afirmación.

Ahora estoy estudiando a fondo la Escuela de Tartu (Juri Lotman e Ivanov), la Semiótica de la cultura, que llaman sistemas modelantes primarios. El lenguaje sería un sistema modelante primario y la religión sería un sistema modelante secundario. La experiencia del mundo se modela a partir de estos sistemas. Por eso, las formas de nombrar tienen efectos performativos sobre este mundo. El lenguaje puede ser una mirada, puede ser lenguaje proxémico y hablado.

Por mi parte, voy a empezar, a partir de mañana, a hacer entrevistas aquí, en el Conurbano bonaerense de Argentina. Espero poder llegar a las zonas bolivianas, porque tengo que entrevistar mujeres bolivianas mayores. Hicimos un trabajo en La Paz, pero queremos ver qué pasa con los inmigrantes y la cultura alimentaria, pues no sé qué hay, aparte de trigo. Pienso, extrapolando las ideas de Lotman, que la alimentación constituye un sistema modelante entre primario y secundario.

Por un lado, la cultura alimentaria es tanto o más fuerte que la religión, porque es la base de la producción material del propio cuerpo –que siempre es social–, y eso no sucede sin creencias, representaciones, fobias, filias o anatemas (“eso no se come”, “eso es un asco”, “pero qué porquería”). Sin embargo, esto está lejos de ser una cuestión solo discursiva, es completamente performativa del propio cuerpo, como lo atisbaron Marx y Engels cuando escribieron *La Ideología Alemana*, donde hay un pasaje que afirma que toda sociedad tiene siempre una doble producción: una producción de la “vida material” (producción de valor, producción de cosas para habitar, vestir, beber, etc.) y una producción de “las personas mismas” (cuerpos y mentes). Ahí entra la alimentación con toda su dimensión material y simbólica.

Entonces, por otro lado, la alimentación es un sistema modelante que construye la mismidad y la identidad de las personas (quién soy yo, cómo es la forma y salud de mi cuerpo). Habría que estudiar los procesos de colonización del paladar por parte de las empresas multinacionales, que hacen que un niño jamás elija una verdura y sí un pastelillo industrializado. Empiezan colonizando la comida de los pequeños con azúcares que generan adicción, con sales que generan adicción, con grasas que generan adicción neurofisiológica y sumisión a las cadenas de valor de tales productos ultra procesados. Todo basado en el desconocimiento de las tecnologías. Por ello, cocinar con conciencia, así como producir alimentos sanos, es un acto profundamente político.

El capitalismo expropió a los obreros los medios de producción y también la propiedad de sus condiciones de vida. Nos sentamos a la mesa y comemos la comida

que funciona como una tecnología de comunicación, de vinculación. El vino, cuando estamos con amigos, es una tecnología de vínculos, de conversación, de encuentros amorosos, de construcción de vínculos de convivencia ¿no? Es en ese sentido, insisto, en que si una tecnología de información y comunicación no se asume como tecnología de conocimiento, se convierte, con toda su potencia, en una tecnología de desconocimiento, en tecnología de desvinculación, desorientación, desensibilización y aislamiento, fenómeno que nos vuelve presas fáciles para el mecanismo de esta sociedad consumista.

Bueno, muchas gracias a todos ustedes por los comentarios, esto está fascinante.



Maestría en Comunicación Digital Audiovisual
<https://tinyurl.com/y2t3mekm>

Especialización en Comunicación Digital Audiovisual
<https://tinyurl.com/yyxn5y3f>

Maestría en Ciencias Sociales y Humanidades
<https://tinyurl.com/y8zm659s>